Apropiación de los Instantes

Alvaro Amaya

Capítulo 1

Apropiación de los Instantes

Cuento

Murió la madre de Nelson y me suplicó que lo llevara en mi auto a sus honras fúnebres en San Juan del Sur. Era tarde de ese viernes y estaba por salir a mi nocturno divertimento de fin de semana, pero no pude negarme cuando mi compungido amigo me lo pidió.

Estoy seguro que mi subconsciente me empujó para que accediera porque desde dos tres años, San Juan del Sur se convirtió en mi sitio preferido a donde frecuentemente voy a pescar con un grupo de amigos con quienes compartimos una vieja lancha reconstruida con el aporte de todos. En el puerto solamente conozco al marinero que la conduce y a su familia. Casi nunca nos quedamos a dormir allí porque salimos al mar a nuestra llegada los viernes por la noche y cuando el domingo por la tarde regresamos al puerto, de inmediato regresamos a Managua. En los meses de poco viento cuando el mar está apacible, salimos a pescar todos los fines de semana. Al igual que a todos el lugar me fue gustando cada vez más, nos fue subyugando el encanto de la cerrada herradura de su playa y algunos fines de semana de noches de luna, preferimos quedarnos sobre sus blancas arenas en vez de salir al mar.

Durante los ciento sesenta kilómetros del recorrido desde Managua, Nelson me contó que su madre había muerto muy joven, que la fallecida a quien decía mamá era su tía, la única hermana de su madre que lo había criado y que debido a la cercanía con la frontera, la mayor parte de los hijos de ambas habían migrado hacia Costa Rica por lo que la suya era una familia binacional como ocurre en los pueblos fronterizos. En Managua la familia de Nelson eran solamente su esposa y su pequeño hijo quienes por algunos inconvenientes no nos acompañaban en este triste viaje.

A las nueve de la noche, el encuentro de Nelson con sus familiares de San Juan y con los llegados desde San José, fue una emotiva conmoción de llantos y abrazos. Nelson me había explicado que con la muerte de esta tía desaparecía el tronco familiar materno y que por eso todos se sentían huérfanos. Las dos mujeres habían constituido el cemento de cohesión y afecto que había unido a estos dos grupos familiares en el tiempo y la distancia y se me ocurrió que con su defección, entre ellos se iniciaría la ruptura y el alejamiento aunque en el dolor de hoy, esa unidad era evidente. Nelson el mayor de todos los primos, inmerso en la actividad del funeral se despreocupó de mí, no me presentó a nadie y me dejó solo y perdido en esta silenciosa y fúnebre reunión de gentes de negro, serias

algunas y francamente adoloridas otras, entre las que no conocía a nadie.

La antigua casona grande y maciza en donde se realizaba el velatorio sugería la buena situación económica de la familia. La enorme sala de sólidos artesonados donde se había organizado el velatorio, abigarrada de amigos y vecinos que acudían a despedir a Sofía, estaba flanqueada por robustos y añejados cuadros de madera barrocamente labrados por artesanos locales, mostraban viejas fotografías en blanco y negro de los ancestros familiares que hieráticos y desde sus fijos puestos, observaban el fúnebre deceso de hoy. Los miembros de la familia se dispersaron para platicar en voz baja y ofrecer café a los asistentes. Adentro, el cargado ambiente caldeado con los humores de todos, tenía un revuelto olor a sudor, a perfumes femeninos, a tabaco, a flores y naftalina y por encima, levitaba una espesa nube de humo de cigarrillos, mientras que la densidad del aire se espesaba con el revuelto zumbar de la conversación de todos.

Una joven mujer, morena, delgada y de corto pelo rizado había quedado sola en una esquina del salón y después de unas dos horas de intermitentes y convulsivos accesos de llanto, ya seca de lágrimas, estática y solitaria, se había quedado atrapada en sus pensamientos. Desde del comunitario y caluroso abrazo familiar de nuestra llegada, nadie se había acercado a conversar con ella y con eso me percaté que no era el único olvidado en esa reunión.

Sin poder soportar más silencio me acerqué y me senté a su lado.

- ¿Usted es vecina o familiar de Doña Sofía? -, le pregunté mostrando cordialidad.

- Era mi madre -, me dijo seria, con una suave y baja voz.

- Lo siento -, le dije sorprendido.

Ella quedó callada.

- ¿Y Usted? -, preguntó bastante después, cuando ya creía que no deseaba entablar conversación conmigo.

- Soy amigo de Nelson -, le dije asumiendo que lo conocía.

- Lo traje desde Managua -, le expliqué.

- ¡Ah! -, dijo solamente iniciando otro silencio.

- ¿Quiere café? -, le ofrecí.

- Si, gracias -, contestó de inmediato. Cuando se lo llevé me dijo,

- Perdone mi descortesía, yo debí traerlo, debí ser su anfitriona -, e intentó una sonrisa que apenas logró emerger.

- No se preocupe por eso -, la disculpé.

Nos quedamos sorbiendo el negro y caliente café durante un silencio prolongado y estuve seguro que mi acercamiento la había distraído de su concentración en la muerte de su madre. Deseoso de romper el silencio le pregunté,

- ¿Por qué usted es físicamente diferente de los demás de la familia? –, y en ese mismo momento me arrepentí. El imprudente impulso de mi inapropiada pregunta, le daba razón para considerarme un grosero entrometido pero para mí alivio, una tenue sonrisa afloró a su rostro.

- Es bastante evidente, ¿verdad? -, preguntó con suavidad.

– Siempre me han dicho la africana de la familia -, afirmó sonriendo después.

- Si lo dicen en negativo ha de ser por envidia -, la lisonjeé.

De porte distinguido, Livia era bastante morena, espigada y de elegante y erguida presencia. Su cara estrecha de frente despejada mostraba una nariz afilada y sus ojos negros y grandes estaban enrojecidos por el llanto. Llevaba corto su pelo rizado y lejanamente me recordó a Ashanti, una modelo o actriz africana que alguna vez vi en el cine o en alguna revista.

- ¿Conoció a mi mamá? -, me preguntó un rato después.

Le dije que no, que a Nelson lo había conocido en Managua y que llegaba a esta casa por primera vez. Oír eso la relajó y empezó a hablar con mayor confianza. Me contó que era hija única del primer matrimonio de su madre y que su padre se la había llevado a Costa Rica a los tres años de edad porque después de la separación, su madre Sofía estuvo de acuerdo porque iba a casarse de nuevo.

- Por eso es que somos físicamente diferentes -, aclaró con una apacible sonrisa.

Aunque había cordialidad entre todos, lo que dijo me hizo entender que el menor nexo afectivo que había observado entre ella, sus hermanos y primos, se debía a esa separación. Sin ser interrumpidos platicamos el resto de la noche hasta darnos cuenta que había salido el sol y que en el salón habíamos quedado unos pocos. Livia tenía una linda sonrisa y sus modos distinguidos y elegantes eran suaves y delicados. Bastante

reservada pero sin timidez y de pocas palabras que usaba con ajustada precisión. Estaba a un año de concluir una ingeniería en la universidad nacional de Costa Rica. Yo había previsto regresar a Managua al amanecer pero ya interesado en ella decidí quedarme para conocerla mejor.

Durante la misa el templo se llenó por completo pero al cementerio asistieron pocas personas y a las tres de la tarde de ése sábado, todo el proceso fúnebre había concluido. Durante la reunión familiar celebrada después en la vieja casona, Livia supo con inesperada sorpresa, que había heredado de su madre una casita a la orilla del mar. Para despedirse, por la noche todos celebraron una cena en el hotel Barlovento y yo decidí alquilar allí una habitación y por el libro de registros me enteré que Livia allí se hospedaba. Mientras se desarrollaba la cena familiar fui a descansar a la playa y a relajarme con el rumoroso sonido de las olas hasta quedarme dormido sobre su tibia arena.

A las doce de la noche que regreso al hotel, estaba concluyendo la reunión familiar pero poco tiempo después y bastante antes del amanecer, me despertaron los ruidos producidos por los parientes que hablaban, empacaban y arrastraban cosas, disponiéndose a salir hacia la frontera. Me levanté y acompañé a Nelson a despedirlos en la calle y cuando se largaron nos dirigimos al comedor para desayunar y allí encontramos a Livia frente a una taza de café.

- No creo que deba irme sin arreglar los documentos legales de esa casa -, le dijo a Nelson cuando nos sentamos. – No dispongo de tiempo para regresar -, aclaró.

– ¿Me quieren llevar a conocerla? -, nos propuso cuando terminamos el café.

Accedí y salimos hacia el este sobre la carretera de asfalto. A tres kilómetros de la ciudad viramos hacia el sur sobre un camino de tierra y luego regresamos hacia el oeste haciendo un amplio semicírculo que nuevamente nos llevó a la orilla del mar, a un par de kilómetros de San Juan. Sobre una elevación y bajo un nutrido grupo de árboles de escasa fronda, estaba la pequeña casita mitad piedras y mitad madera, con techo de láminas de zinc pintadas de un claro rojo sangre que contrastaba fuertemente contra el oscuro azul del telón de fondo del mar. Al entrar a la propiedad, el camino de piedras trituradas ascendía hasta terminar frente a las gradas de su única puerta y toda la parte trasera de la misma, se abría en un gran ventanal de vidrios y maderas que miraba hacia el mar. Me quedé atrás y en vez de entrar caminé hasta la orilla del acantilado. Treinta metros abajo el mar rugía entre espumarajos al estrellarse incansable y fragoroso contra las rocas.

Al norte se veía la espalda del romo promontorio rocoso que abría la rada de la invisible playa de San Juan del Sur. El terreno pedregoso y arenisco

tenía el color rojiblanco de algunas tierras auríferas y desde la casa declinando en suaves curvas, un sendero descendía hasta desembocar en una pequeña y solitaria playa de blancas arenas que se protegía del sol bajo la fronda de los árboles costeros. Cien metros mar adentro se levantaba la silueta informe de un elevado monumento pétreo natural, residuo de algún cerro o de una roca enorme que la resaca a través de siglos no había logrado desgastar. La pequeña y protegida playa formaba parte de la propiedad. Por dentro la casa era una acogedora cabaña de techo y piso de pulidas maderas. Contaba con dos pequeños dormitorios y con la sala, el comedor y la cocina integrados en el mismo espacio. Para haber permanecido deshabitada como sus familiares le habían asegurado a Livia, estaba perfectamente limpia y los pocos enseres también estaban impecablemente limpios y ordenados.

Cuando entré Nelson me hizo una seña para impedir que me acercara a Livia. Ella lloraba porque inesperadamente había encontrado una vieja fotografía en la que su madre y su padre se daban un beso en la boca. De espaldas y mirando hacia el mar a través de las ventanas de la cocina, apretaba fuertemente la fotografía contra su pecho. Sus sollozos eran visibles en los convulsos movimientos de sus hombros, provocados por los espasmos de su silencioso llanto. Salí para respetar ese momento.

Sobre los corredores laterales de la cabaña descansaban unas grandes sillas mecedoras cuyos respaldos y asientos de recias y pesadas maderas, estaban tejidos con un rústico junco. Nelson y yo nos sentamos en ellas y al rato Livia salió con una recuperada y recién compuesta tranquilidad desmentida en la palidez y el enrojecimiento de sus ojos.

- Me quedaré la semana próxima para arreglar los asuntos legales de la casa y quedarme a la misa de nueve días -, le dijo a Nelson, - Sería imposible ir ahora a San José para regresar la próxima semana -, justificó.

- ¿Venderás la casa? -, le preguntó Nelson.

- No sé que voy a hacer con ella -, dijo con sosegada seguridad, - Pero por ahora agradecería tu ayuda para cuidarla. No lo puedo pedir a nadie más, ¿Te sería posible? -, suplicó.

- No puedo Livia, en mi trabajo no tengo certeza de tener libres todos los fines de semana -, contestó Nelson.

- ¡Yo si puedo! -, dije impulsivo, - Estoy viniendo frecuentemente a San Juan con un grupo de amigos con quienes salgo a pescar -, ofrecí.

- ¿En serio? -, preguntó sorprendida, - ¿Lo harías por mí? -, preguntó de nuevo y ante mi afirmación, - ¡Platiquemos! -, dijo contenta de encontrar

solución.

Durante el regreso al puerto Livia nos contagió del triste y pensativo mutismo en el que se había hundido. Al llegar a San Juan, Nelson fue a reunirse con un primo y yo invité a Livia a almorzar. En el restaurante del hotel y sentados frente al mar, lo primero que acordamos fue que yo llegaría a la casa dos fines de semana al mes para supervisar al encargado de la limpieza y de la vigilancia que ella contrataría. Cualquier anormalidad que observara debería comunicarla a Nelson para que decidiera su corrección. Finalizado el almuerzo y mientras tomábamos café, ella me confió,

- Desde mi partida hasta ahora regresé a San Juan. Sabiendo que no quería nexos con ella, mi madre me llamaba insistentemente por teléfono y lo dejó de hacer cuando se convenció que no me interesaba. Intentando lograr cercanía fue a verme algunas veces a San José y no recuerdo que ella o mi padre me hayan hablado de la existencia de esa cabaña. Me sorprendió verla tan esmeradamente limpia y cuidada y cuando encontré la fotografía imaginé a mi madre conservándola en secreto y con devoción a través de los años y llegando siempre allí para estar con mi papá y eso fue lo que me sacudió -, me dijo sosegadamente para justificar su llanto en la cabaña.

- Si fuera cierto lo que estoy deduciendo, la historia que me han contado sobre ellos y su relación no es completamente cierta -, me dijo viéndome directamente y en el brillo de sus ojos adiviné la reprimida emoción que la expectativa le provocaba.

- Me quedo porque necesito hurgar en todo lo que hay allí, lo de hoy me provoca la necesidad de descubrir si hay algo más que desconozco. Para mí esto es algo muy importante -, afirmó con seria gravedad. En su rostro era evidente la sinceridad de lo que me decía.

- ¿Qué es lo más antiguo que sabés? -, le pregunté.

- Cuando mi papá me llevó a San José me dejó viviendo en casa de su hermana, la tía que me ha criado y a quien considero mi verdadera madre. Mi papá nunca pudo volver a construir vida familiar, nunca logró estabilidad con ninguna mujer y siempre rompió con todas -, me contó sin apartar su mirada.

– Estoy segura que lo intentaba para que yo tuviera un hogar porque que nunca logró amar a ninguna. Era un hombre apartado y solitario, sus años de vida se acortaron porque frecuentemente tomaba licor y su salud se deterioró rápidamente hasta morir –, dijo rememorando y viendo fija y pensativamente hacia el mar, como que si lo que me decía lo estuviera

leyendo en las nubes que se posaban sobre la raya del horizonte.

Rompí el curso de sus pensamientos.

- ¿Querés que nos sigamos viendo? -, le pregunté.

- Por supuesto que sí -, me dijo con su linda sonrisa de blanquísimos dientes, - ¡Ahora sos mi apoderado y representante! -, bromeó.

Cuando me despedí, al abrazarla experimenté la leve dulzura del beso con el que rozó mi mejilla mientras me daba las gracias.

- ¿Por qué? -, le pregunté.

- Por haber venido, por estar conmigo, por conocernos, en fin no sé. Estoy segura que debo agradecer todo eso -, me dijo, – Para empezar, has hecho que me enterara del largo tiempo en el que no he tenido a nadie con quien hablar de mí misma -, dijo y enseguida preguntó,

- ¿Qué día venís? -.

- Estaré con vos el próximo viernes. Saldré de Managua a las cinco de la tarde -, le prometí. - Me gustás y quiero verte de nuevo -, le aseguré separándome y sin darle tiempo a que respondiera.

Busqué a Nelson y regresamos a Managua. En la carretera me explicó que la afinidad entre ellos se debía a que siendo los primeros hijos de las dos hermanas, de niños habían vivido juntos en San Juan del Sur, durante el periodo previo a la muerte de su madre y a la partida de Livia hacia San José, con quien siempre había mantenido contacto telefónico.

Toda la semana la tuve presente y decidí que haría lo posible para que Livia fuera mi novia. Para poder regresar a estar solo con ella, boicoteé el viaje con mis amigos, les mentí asegurándoles que no podría acompañarlos el fin de semana a San Juan y ellos convinieron posponerlo para el siguiente. Se me volvió obsesivo regresar con ella. Logré que me dieran libre el viernes y el mismo jueves al finalizar mis labores partí en busca de Livia.

Arribé a San Juan a las ocho de la noche. Seguía hospedada en el mismo hotel y debido a mi aviso ella me esperaba para cenar. Por el manifiesto entusiasmo con el que me recibió en el restaurante supe que tenía mucho que contar. De su rostro radiante que exultaba alegría, habían desaparecido las trazas de la tristeza del fin de semana anterior.

- ¡Lo sabía! -, me dijo, mientras me abrazaba, - ¡Lo sabía!, ¡Mi papá

compró esa casa! -, exclamó necesitada de expulsarlo,

- La escritura está a nombre de mi madre pero los pagos los hizo él -, me dijo para proseguir sin respirar, - ¿Te das cuenta?, Por eso fue que mi mamá me la heredó -, decía atropelladamente,

- ¡Allí la llevó mi papá cuando ella se embarazó! -, enfatizó y siguió contándome emocionada y sin poder parar, - ¡Tengo pruebas que explican por qué mi madre la cuidó con tanto esmero por más de veinticinco años! –, me dijo incontenible y feliz de haberlo descubierto.

- Honestamente no entiendo por qué es tan importante -, le dije cuando me dio tiempo.

- Con la historia que siempre contaron me hicieron creer que fui abandonada y por eso he vivido con resentimiento y rencor hacia ellos -, me dijo para agregar, – No quería venir, sostuve una fuerte lucha interior para decidir estar en su funeral -, me confesó y ante mi silencio prosiguió explicándose.

- Siempre cargué sobre mí la afrentosa certeza de ser hija de una casualidad, de una irresponsabilidad o de un indeseado accidente en el que no hubo nada de amor -, externó, - Lo creí porque mi madre se deshizo de mí entregándome a mi padre y él a su vez me abandonó con su hermana -, dijo respaldando sus razones.

Hizo un alto para tomar aire y respiró profundo.- ¡Pero la historia no fue de ése modo! -, exclamó reavivándose con los ojos brillantes de emoción y su necesidad de exteriorizar se volvió febril. Metió la mano en una bolsa que colgaba del respaldo del asiento y extrajo un envoltorio.

- ¡Mirá lo que encontré! -, dijo y puso sobre la mesa un atado cubierto con un viejo y amarillento papel que estaba atado con una cinta de seda que alguna vez tuvo color. Al soltar el lazo y extender el viejo papel que lo cubría, sobre la mesa se esparcieron hojas amarillentas escritas por ambas caras, en las que se distinguían dos tipos de letras ostensiblemente diferentes. Era un tesoro íntimo y privado que no me atreví a tocar. Livia me quedó viendo con los ojos dilatados como si hubiera puesto ante mí el perdido Santo Grial y quedó esperando de mí la misma emoción que a ella la invadía. Como sólo sonreí sin decir nada, con una emocionada sonrisa, diciéndolo a pausas y remarcando con fuerza cada palabra, recitó,

- ¡Se conocieron y se enamoraron cuando mi madre tenía un novio con el que debía casarse! -, soltó sin abandonar su sonrisa, - ¡Mis cinco hermanos son hijos de ése novio! –, afirmó con vehemencia y cambió su enfoque.

- ¿Te das cuenta que hasta ahora conozco el motivo por el que nunca intentaron fraternizar conmigo? ¡Hasta ahora lo supe! -, afirmó, cruzando sus manos sobre su pecho en un inconsciente intento de protegerse el corazón y de apaciguarse a sí misma.

- ¡Púcha, eso es para escribir una novelita rosa! -, exclamé y eso la ofendió. El gesto con el que hizo a un lado su enojo me hizo sentir estúpido y mostró su autocontrol mirándome a los ojos.

- Lo terrible y doloroso es que es cierto -, afirmó tajante en un tono más lastimosamente triste que defensivo.

- ¿No te parece excesiva la cantidad de cartas que se escribieron viviendo en el mismo pueblo? –, inquirí. Livia se quedó pensando en ello y no dijo nada.

- ¿Y qué más has descubierto? -, pregunté de nuevo.

- Estas cartas cuentan que la familia de mi madre y la de Norberto el novio, son de las ancestrales de San Juan y consecuentemente entrelazados desde siempre -, dijo aprestándose a extenderse, - Eso apresaba a mi madre en ese noviazgo que bendecía su familia, que ella no quería y que por no contrariar a sus padres dejó estar y nunca rechazó -, expuso.

- Pero cuando apareció mi papá,... ¡Mi papá marinero!... ¡Por Dios, él no encaja en eso! -, exclamó riéndose y rompiendo imprevistamente la secuencia. - ¡Nunca, lo hubiera creído!, ¡Esa es otra cosa que nunca me contó! -, exclamó sorprendida para después regresar al tema.

- Cuando se conocieron y se enamoraron mi abuelo montó en cólera. Asumió que mi padre era un vagabundo a quien tal vez por causa de drogas o borracheras su barco había abandonado en San Juan. Con el comandante de la guardia del puerto y de acuerdo con mi tío el juez local, lo puso preso y exigió su deportación -, me explicó, - Y cuando mi madre les confesó que estaba embarazada lo liberaron. La familia se concedió tiempo porque no sabían qué hacer sin provocar escándalos y mi papá decidió quedarse a vivir en San Juan ¡Y ésa es la fecha de la compra de la casita! -, dijo alborozada.

- Un día mi madre rompió abiertamente con su familia y se vino a vivir con él ¡Y yo nací allí en esa cabaña! -, exclamó feliz, suspirando fuerte y con sus ojos brillando de emoción.

- Después la situación se tornó agriamente conflictiva -, dijo anticipando tristeza. - Como consecuencia de las frecuentes y alteradas discusiones mi abuelo sufrió un infarto y murió y entonces Norberto el novio burlado, dijo a la familia que se casaría con mi mamá si ella se separaba de mi papá. El

amaba a Sofía y mantenía su promesa de matrimonio -, les aseguró.

Quedó callada y pensativa mirando fijamente las olas del mar y con grave solemnidad me preguntó,

- ¿Te imaginás la situación de mi madre? -, y me quedó viendo inquisitiva y fijamente, esperando a yo que llegara a su profundidad. En sus ojos adiviné dolor, no dije nada y ella afirmó lo que no contesté. – Se sentía aplastada de culpa por la muerte de su padre y con la presión de su madre para que se casara con Norberto, se derrumbó y terminó cediendo -, confirmó abandonándose a la tristeza.

- Mi papá todavía la hirió más. La sometió a mayor presión para que decidiera quedarse con él, la amenazó con quitarle a su hija, con quedarse conmigo -, dijo con una voz que ya se rendía. Después de eso su cara se tornó pálida y le fue difícil seguir hablando. La fuerza comprimida que de adentro empujaba sus palabras rápidamente se agotaba.

- Mi papá perdió la batalla cuando comprendió la terrible situación de mi madre y eso lo hizo retirarse,... ¡Las cartas expresan lo doloroso que fue para ambos! -, me dijo entre las lágrimas que repentinamente empezaron a brotar. - En la más corta de las cartas se dicen que siempre se van a amar a pesar de la obligada separación -, dijo casi inaudiblemente y forzando la voz prosiguió,

- Aunque ésta es una común y repetitiva historia de campesinos medievales de la que te has burlado, conocerla me ha liberado de mi resentimiento porque equivocados o no, es nuestro medio opresivo prejuicioso, santurrón y mojigato, el que impone las estúpidas reglas y normas de convivencia que hacen desgraciadas a las personas buenas, sencillas e ignorantes -, dijo con la cara anegada de las lágrimas que no quitaba de su rostro.

- Ahora que sé esto no los puedo juzgar más, ¡Hasta ahora los puedo amar y sentir agradecimiento por ellos! -, logró decir ya vencida y entregándose a un llanto profuso y sin remedios.

- ¡No puedo dejar de ponerme en el lugar de ellos! ¡Por Dios, qué estúpida he sido! ¡Me duele haberlos odiado! -, exclamaba sollozando y balbuceando en su desconsuelo.

Me pasé a su lado y la abracé en un inútil intento de compartir su dolor.

- No he contado nada a la familia –, me dijo al rato entre uno y otro sollozo mientras mantenía su cara junto a la mía. Saqué mi pañuelo, limpié sus lágrimas y como una niña desvalida me dejó hacerlo sin resistencias. - Porque no tengo a nadie a quien decirlo -, concluyó quedamente después, sonriendo de nuevo y viéndome a través de las

lágrimas de sus desolados ojos negros. No habló más y se quedó encogida bajo mi abrazo.

- Agradezco que estés conmigo en estos momentos –, susurró cerca de mi oído y experimenté los temblores de su conmoción que poco a poco cedían y se debilitaban. Cuando consideré que se había calmado pedí dos copas de vino y cuando las depositaron sobre la mesa revivió saltando, agresiva y vivamente enojada.

- ¿Por qué? ¿Para vos lo que te he contado es para celebrar? -, me acusó herida y encrespada.

- ¡Livia por Dios! ¿No te das cuenta que para vos empieza una nueva vida, que hoy estás recuperando la familia que habías perdido? -, le dije. Me quedó viendo confundida y cuando la sorpresa del entendimiento iluminó su cara sus sentimientos se apaciguaron.

Cuando pudo hablar se rió. - ¿Te das cuenta por qué es bueno tenerte conmigo? -, me dijo levantando su copa de vino y apurándola de una vez. - Has hecho que vea las cosas de otro modo -, aceptó con un nuevo y alegre semblante.

Pedí más vino y a partir de allí solamente hablamos sobre remodelar la casita de la playa. A la quinta copa ni ella ni yo dábamos para más. Nos levantamos y trastabillando la llevé a su habitación. Abrí la puerta de su cuarto y me pidió que la dejara en la cama. Cuando se sentó en ella y quise acostarla, me abrazó y me pidió que no la dejara sola. No me pude acostar porque la borrachera me derrumbó sobre ella y enseguida quedé profundamente dormido. No tenía práctica de tomar vino y por lo que le ocurría, ella tampoco.

Me desperté cuando Livia dejó caer pesadamente mi brazo para liberarse y para salir corriendo hacia el baño y enseguida escuché la desagradable explosión de su acceso de vómito. Salió al rato con la cara pálida y los ojos entrecerrados.

- ¡Puff!, ¡Qué papalina! -, se lamentó refiriéndose a la resaca. Yo también tenía un fuerte dolor de cabeza, nos lavamos la cara, nos peinamos y salimos a buscar aspirinas. De regreso al hotel fue imposible desayunar, pedimos una jarra de limonada fría y regresamos a la habitación en donde nos quedamos dormidos para despertar hasta después del mediodía.

- Si ya dormimos como marido y mujer creo que deberíamos trasladarnos a la cabaña para empezar a evaluar los arreglos que hay que hacer -, le dije bromeando.

- ¡Corrijámos! -, protestó señalándome con el índice, - No dormimos como pareja, dormimos como dos cochinos borrachos irresponsables -, me dijo

riendo y para afirmar a continuación,

- Cae de su peso, no hay razón para seguir pagando hotel -, aceptó. Sacamos nuestras maletas, las subimos al carro y nos fuimos a comprar algunos enseres, víveres y gas propano para la pequeña estufa.

Al llegar nos pusimos a limpiar y ordenar la casita y supe que vivíamos un momento memorable del que en el futuro, iba a importar más recordar el sentimiento que se vivía que lo que simplemente acontecía. Lo hacíamos oyendo música del radio del carro que pusimos frente a la puerta de entrada y en medio de bromas, varias veces nos abrazamos y nos besamos en los labios sin que interviniera nada que significara pasión porque sólo mediaba el placer y la alegría de hacerlo y porque nos envolvía un ambiente de festejo que brotaba espontáneo y sin cortapisas. Livia se conducía como alguien que emergía de un sufrimiento prolongado y que ahora en la alegría del resurgimiento, necesita resarcirse hasta la saciedad. Su real sentimiento de contento me contagiaba plenamente. Por la noche después de cocinar, pusimos la mesa y cenamos sobre el corredor, arrullados por la brisa y el fragor del mar.

Cuando tomábamos café, Livia dijo espontáneamente,

- Nunca pensé que iniciar una relación amorosa fuera algo tan fácil y sencillo -. Había un tierno afecto en su mirada y me sentí feliz porque sin incómodos preámbulos, reconocía que teníamos una relación.

– En este momento no deberíamos decir nada más, temo que si hablo podría echar a perder todo -, le dije.

- Tampoco lo necesito -, respondió Livia. - A mí también me da miedo hablar -, dijo pensativa para agregar después,

– Si hubieras hecho evidente que esto era el predeterminado inicio de una relación, no hubiera sabido qué decirte, me habría paralizado -, confesó.

Llegada la media noche nos acurrucamos en una de las grandes sillas mecedoras y Livia prefirió quedarse abrazada con su cara en mi cuello o recostándola sobre mí pecho en vez de abrirse a la pasión. Eso producía una paz y tranquilidad que inducía a una relajada sensación de seguridad y placidez. Cerca del amanecer nos despertamos ateridos debido al viento frío que nos llegaba del mar y corrimos a la cama donde nos arrebujamos para recuperar calor pero sólo fue por un cortísimo tiempo. Afuera oímos la voz de Nelson que gritaba llamando a Livia. Llegaba a traerla para asistir a la misa de nueve días por su madre, que sería a la nueve de la mañana.

Se sorprendió de vernos salir juntos y con sonrisa congelada solo atinó a

decir,

- ¿Ustedes...? -, mientras que en su confusión señalaba a uno y al otro con su índice y la boca abierta.

- Prima tené cuidado con este Don Juan -, le dijo a Livia riéndose mientras nos abrazaba murmurando, - ¡Puta...Jamás lo hubiera creído! -, agregó.

La esposa de Nelson y su pequeño hijo subían por el sendero.

- Apúrense, báñense juntos para que no pierdan tiempo -, nos apresuró bromeando, - Es para que tengamos tiempo para desayunar antes de ir a la iglesia -, justificó después. En un momento estuvimos listos, nos encaminamos a la ciudad, desayunamos en el hotel y antes de las nueve estábamos en el templo.

Lo precioso de la sonrisa y del brillo del rostro que Livia mostraba, afloraba desde su interior. Radiante y feliz, se conducía con una gran soltura y seguridad que no había manifestado durante el sepelio. Estaba segura que el amor que había descubierto entre sus padres era el que había constituido y legitimado el originario brote de esta familia y que ella era el núcleo de ese inicio y por eso había dejado de sentirse desplazada. Ella era el fruto primigenio del amor inicial y saberlo la había liberado de resentimientos y prejuicios. A la salida Livia abrazó y besó a cada uno de sus hermanos y primos, sorprendiendo a todos con su nueva actitud alegre, extrovertida y cariñosa.

Nelson se despidió y tomó un autobús hacia Managua con su familia. Nos despedimos de todos y fuimos a comprar víveres para preparar el almuerzo. Cociné filetes de pescados, sacamos la mesa y comimos bajo el árbol más cercano, refrescados por la brisa marina. Habíamos comprado vino pero nos dio miedo tocarlo. Livia, con un pantaloncito corto y una delgada blusa de algodón, se había anudado un pañuelo en la cabeza. A las cuatro de la tarde le pregunté,

- ¿Nos bañamos? -,

- Ya nos bañamos en la mañana -, respondió.

- No, vamos al mar -, le dije y enseguida y sin pensarlo me secundó. Tomamos una toalla y bajamos por el sendero. La extendimos bajo los árboles y Livia empezó a reírse.

- ¿Y los trajes de baño? -, preguntó. Nadie lo había previsto y ante mi confusión me dijo,

- Tenemos playa privada nadie nos verá -, y rápidamente se sacó la blusa sobre su cabeza dejando sus senos descubiertos. Se quitó los

pantaloncillos y traviesa, corrió en bragas hacia las olas. Quedé anonadado por la sorpresa mientras ella gritaba que me apresurara. Cuando quedé en calzoncillos la seguí. Absolutamente excitado me acerqué y la abracé fuertemente y soltando lo que nos comprimía y lo que tensamente esperaba ser liberado, sin ningún preámbulo hicimos el amor en el agua y poco después lo repetimos impetuosos y desesperados sobre la toalla tendida sobre la arena de la playa.

Durante mucho tiempo no hablamos. Nos quedábamos viendo y nos reíamos. Cuando se puso el sol, fundidos en un abrazo subimos a la casa y solo quisimos seguir haciendo el amor. Después de la media de la noche nos levantamos hambrientos a hacernos emparedados y sentados a la mesa seguíamos sin poder hablar pero era graciosa la artificial y frenada cortedad que nos atrapaba.

- Algo tenemos que decirnos, alguien tiene que decir algo -, le dije tratando de romper la tensión. Livia sonrió y me dijo,

- Tranquilo, los hechos han hablado. Si nos gusta, si nos interesa y si de verdad lo queremos, haremos lo imposible para estar juntos y si no es así,... esto no es nada -, afirmó racionalmente conclusiva y sin que su cara me dijera si eso la haría sufrir. Sencillamente lógico y cierto lo que había expresado pero por alguna razón, sus palabras finales me indujeron con fuerza la sensación de un presagio negativo.

- Yo sí quiero decir algo -, dijo Livia después. Quedé esperando que hablara y dijo con suavidad,

- Desde ayer he estado con miedo -, empezó, - Miedo a que no te decidieras a que hiciéramos el amor, si no hubiera ocurrido, me hubiera sido imposible creer que en estos días vos y yo habíamos construido algo -, dijo con seriedad, - Pero también estoy preocupada y extrañamente supersticiosa –. Su ceño fruncido le arañaba sombras a su frente.

– Ha sido la muerte de mi madre la que te trajo a mí y adentro me bailotea el indefinido desagrado de no saber qué significa eso. Apareciste revuelto con la alegría de reencontrarme con ellos pero siento culpa porque su muerte es la que hace que ahora me sienta feliz pero hay otra cosa, siento que me dejé atrapar en una oscura y trágica condición que alguien impuso y que impensadamente acepté -, dijo con una inescrutable expresión.

- La alegría de saber la verdad de mi pasado, la de encontrarme con vos y el dolor de la muerte de mi madre, están trenzados y confundidos dentro de mí de una manera que no he vivido antes...no sé...no sé… -, dijo después de reflexionar por un rato en silencio.

- Es una sensación... -, balbuceó después solo para sí, preocupada y sin concluir nada y yo también me quedé sin entender. Sus palabras me indujeron temor y supe que con esas enigmáticas y oscuras percepciones nadie puede hacer nada y a mi vez me preocupé.

No había definido para dónde quería avanzar con Livia pero de alguna manera esas palabras decían que no existía solidez para cualquier viaje que quisiéramos iniciar.

Después Livia cambió su semblante y rió con viva y traviesa alegría.

- Te jugué sucio al quitarme la blusa. ¡Fue a propósito, fue para provocarte! -, me confesó descarada y coqueta.

- Entonces cuando quiera ver tus pechos me aseguraré que volvás a estar triste y a tener miedo -, le dije y nos reímos olvidando las funestas palabras anteriores.

- No será necesario -, me dijo, - Ahora sólo tenés que pedírmelo y me quitaré la blusa de inmediato pero que no sea ante terceros ni en una iglesia -, agregó, dándome un rápido beso.

Y enseguida todo se nos apagó. Sin que lo dijéramos pero viviendo lo mismo, nos atrapó el síndrome del tiempo concluido.

Pocas horas después, a las cinco de la mañana y a cincuenta kilómetros de aquí, en la frontera de Peñas Blancas debía ponerla en el autobús que la llevaría a San José.

Nos dedicamos a empacar ropa, los enseres que debían quedar protegidos y sabiéndolo, hablábamos de lo que debía hacerse en mi próxima visita a la cabaña para no hablar de la separación. A las tres de la mañana que terminamos, estábamos exhaustos.

El tiempo plegaba sus alas. Debíamos salir a las cuatro. Nos bañamos rápido, rápido tomamos café y rápido partimos hacia la frontera bajo la húmeda y fría penumbra del amanecer.

Al encender el carro tuve la sensación que al igual que en este momento, antes había vivido otro súbito terminar, un concluir seguido de una fuga acuciante que se desenvolvía perentoria en su propia necesidad de finalizar lo que debía ser concluido, que no querés que termine, pero te sentís atrapado en la estúpida sensación de estar seguro que si sacaras arrestos, podrías detenerlo o cambiarlo, pero que de antemano sabés que fatalmente no lo harás, que en vez de artífice, abandonás dolosamente para dejar marcada otra afrentosa fecha en tu calendario.

No pudimos hablar. Viajamos en silencio y llegamos justamente a tiempo para que Livia tomara el autobús previsto. Cuando nos abrazamos y nos dimos el último beso le pedí,

- Lleváte mi número de teléfono y dame el tuyo para que hablemos -.

- No -, me respondió tajante y con una cierta dureza que debió advertirme de algo.

- Tenés mi dirección en San José, allá te espero -, me dijo y dándome la espalda se alejó perdiéndose dentro del brilloso reflejo del sol que abiertamente esplendía.

Muchos años después, abrumado de nostalgias, yo me dedicaría a escribir sobre momentos perdidos, sobre las cosas que no lograron ser y sobre los encuentros que se escaparon, que pudieron ser nuestros pero que no supimos retener.

Álvaro Amaya, Guatemala, C.A.

Reedición Junio 2018.- Foto:Archivo.